

NARRATIVA



Director de la colección: Isaac Juncos Cianca

© Copyright Francisco Delgado Montero, 2011

Copyright © para todos los países en lengua española:

Ediciones Antígona, S. L.

C/ Prim 15, local - 28004 (Madrid)

Tel: 91.119.17.32

657.444.133

info@edicionesantigona.com

www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2011

Diseño de cubierta: Fernando Soto (*fsotocd@gmail.com*)

Editora: Concha López Piña

Impresión y encuadernación: Publidisa, S. A.

ISBN: 978-84-92531-47-9

ISBN digital: 978-84-92531-48-6

Depósito legal: SE-3515-2011

Impreso en España / Printed in Spain



Este libro está impreso en papel ecológico.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño y las imágenes de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

FRANCISCO DELGADO MONTERO

Yo conocí a Bach

El músico de Dios

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
-----------------------	---

PRIMERA PARTE. LA INFANCIA BREVE

I	DESDE LA ATALAYA DE LA VEJEZ	15
II	EL SEGUNDO HIJO DE UN MOLINERO	20
III	EL LARGO VIAJE HASTA LÜNEBURG	29
IV	EN LA ESCUELA DE SAN MIGUEL	42

SEGUNDA PARTE. LA MÚSICA Y LA VIDA

V	LOS COMIENZOS EN EL OFICIO DE MÚSICO	49
VI	NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO	60
VII	LA HUMILDAD DEL MÚSICO	71
VIII	LA FRÁGIL FELICIDAD	79
IX	BAJO LA DIRECCIÓN DE JOHANN SEBASTIAN BACH	86
X	LA ORQUESTA DE CÖTHEN SE TAMBALEA	101
XI	EL DESTINO CONFUNDE LOS PLANES DE LOS HOMBRES	116
XII	BACH VUELVE DE VISITA A CÖTHEN	127
XIII	LA LLEGADA A LEIPZIG	135
XIV	LA MÚSICA ENVUELVE NUESTRAS VIDAS	150

TERCERA PARTE. LA MADUREZ CREADORA

XV	UNA MISA POR ENCIMA DE LAS DIVISIONES	163
XVI	UN GENIO EN GUERRA CON LA AUTORIDAD	167
XVII	LOS VAIVENES DEL LIBRO DE LA VIDA	177
XVIII	UNA BODA INESPERADA	187
XIX	LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL MAESTRO	192
XX	LA MUERTE DE JOHANN SEBASTIAN BACH	199

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la generosa colaboración de las siguientes personas, que han contribuido, de una u otra manera, en la definitiva forma de esta obra sobre Johann Sebastian Bach:

A *Miguel Joaquín Calvo*, que supervisó el manuscrito desde la primera a la última página, con inteligencia y corazón, poniendo en juego toda su rica y larga experiencia de escritor y lector apasionado.

A *Gudrum Wolf*, que me ha aportado generosamente valiosa documentación sobre Bach y Alemania, además de su vivo entusiasmo por el Arte.

A *Stefania Angelo*, que ha contribuido con sus valiosos comentarios de experta literaria, a la definición de algunos personajes y, con sus siempre positivos juicios, a la finalización de la obra.

A *José Angel Agudo Ríos*, que con su doble autoridad de profesor titular de Literatura y experto germanófilo, ha sido un eficaz asesor en la comprensión de las instituciones políticas y universitarias germánicas, pasadas y presentes.

A *Jerónimo Maesso*, excelente compositor y pianista, que me ha guiado en los tecnicismos de la música barroca y me ha animado con su conocimiento profundo de la obra de Bach a sostener hasta el final esta biografía novelada.

A los funcionarios de los Museos alemanes y lugares visitados, ligados a la vida de Bach, que con simpatía y eficacia me ayudaron en la labor de recopilación de los datos necesarios.

*«¡ Silencio! ¡No alborotéis! Dejadnos escuchar la seriedad de los rec-
tángulos, la sonrisa cristalina de triángulos y esferas, y la rigidez brillan-
te de los cielos espirales. Dejad que nos llegue ese sonido
maternalmente circular o en espiral infinita y serpentina para que
podamos extraviarnos, abrevando en odres transparentes, la belleza
que el maestro, con majestuosa mano, ha dejado flotando en el espacio.
¡Dejad que, de las singulares notas que salen de los dedos (de los
tuyos Johann Sebastian Bach), podamos aprender la ley, la norma-
tiva estelar que nos regula!».*

MIGUEL JOAQUÍN CALVO



PRIMERA PARTE
LA INFANCIA BREVE

CAPÍTULO I

DESDE LA ATALAYA DE LA VEJEZ

Mi nombre es Peter Krahl. Lo eligió mi padre antes de que yo naciera, dando por seguro que mi nacimiento tendría lugar el día de San Peter, que yo sería un varón, y que sería fuerte como una piedra, o roca, sobre la que él construiría su castillo de viejas ilusiones.

En casi todo se equivocó. En lo único que no erró fue en que nació varón. Pero ni nació el día de San Peter, pues mi nacimiento se retrasó dos días sobre la fecha deseada por mi padre, ni jamás fui fuerte como una roca. Siempre he tenido un carácter asustadizo, en extremo cambiante, influenciado a cualquier cambio que suceda en mi entorno, bien sea en la naturaleza o en el mundo de los humanos. Y si aún estoy aquí, en esta tierra, a los sesenta y ocho años de haber nacido, estoy convencido de que es por un milagro de Dios, no por poseer ninguna fortaleza. Así, pues, nació negando a mi padre sus ilusiones desde el principio. Desgraciadamente murió joven y no pude seguir contrariando los sueños que tenía puestos en mí.

Ahora que no sé qué hago ya en esta vida, por qué o para qué Dios me la sigue sosteniendo, pues en el presente no realizo nada que sea útil ni para los demás ni para mí mismo, he decidido narrar la interminable historia de mi larga existencia, con el leve propósito de que Dios se apiade de mí, y me lleve a su seno sin dejarme terminar esta tarea.

Mi vida apenas tiene algún acontecimiento extraordinario, apenas alguno digno de mención. Si hay alguno, que me dispongo a narrar, en él no soy yo el protagonista, sino alguien secundario en el propio suceso, o, simplemente, un receptor más de aquello, bello, sobrecogedor, único, que he tenido la suerte de que suceda a mi lado.

Si he decidido narrar la que estaba destinada a ser una anodina vida, es porque Dios puso al lado de ella, una luz tan potente, un ser tan extraordinario, que todo lo que le rodeaba quedaba transformado por su arte y sabiduría. Desde que le conocí, hace ya largos años, mi vida no pudo nunca alejarse definitivamente de él. Le sentía como un potente imán, con una fuerza de atracción muy superior a mis débiles deseos de independencia.

Este hombre extraordinario se llamaba Johann Sebastian Bach y es sobre él, y no sobre mi humilde historia, sobre lo que deseo escribir. O sobre lo que el gran Bach representó para mí, en cada una de las etapas de vida, en las que el destino nos unió.

Coincidí con él por primera vez siendo los dos muy jóvenes, él tendría quince años y yo doce; los dos fuimos a parar a la Escuela de San Miguel, en Lüneburg, dos muchachos huérfanos, pobres como las ratas, que, como tantos otros, encontramos cobijo a la miseria que nos acechaba, en aquella lejana ciudad. Aunque pasamos juntos dos largos años, él no reparó en mí ni una sola vez. No había el menor motivo para hacerlo. Ni mi voz sobresalió nunca de las de los demás chicos del coro, ni mi conducta destacó en nada que no fuera ser de los primeros en terminar los platos de la comida.

Sin embargo él sí destacó desde el primer día. Llegó después de un largo viaje con un compañero, Georg Erdmann, con el que acababa de recorrer a pie las doscientas millas que separan la ciudad de Ohrdruf, en el sur, de Lüneburg. A los pequeños alumnos de la Escuela de San Miguel, el largo viaje que habían coronado con éxito los dos nuevos cantores nos pareció una proeza que les hacía merecedores de nuestra infantil admiración. Sus ropas

sucias, casi andrajosas, sus botas agujereadas, sus cabellos largos, su piel curtida por el intenso frío, por las nevadas y ventiscas del camino, las percibimos como medallas relucientes por un heroísmo que los elevaba por encima del resto de los alumnos.

Su bella voz, aún de niño, cambió a los pocos días de llegar a la Escuela; este suceso le dejó a él estupefacto y a los demás nos alarmó, pues sabíamos que ese cambio podía tener consecuencias nefastas. Podía significar el abandono de la Escuela, si la nueva voz no era del agrado del claustro. Pasaron unas dos semanas antes de que los superiores tomaran alguna decisión, durante las cuales observamos una tensa seriedad en su rostro y sonrisas y bromas maliciosas en algunos compañeros.

Por fin, decidieron que Sebastián continuara en la Escuela de San Miguel. Su voz aumentó las del grupo de los mayores, como llamábamos a los alumnos cuyo rostro, estatura y voz, se transformaba cuando se les caía la piel de la infancia. No supimos por qué aquel pobre turingio se las apañó para que el maestro de coro y el rector, M. Johannes Büsche, dieran su aprobación a la nueva voz.

Lo supimos pocos días después, a través de un episodio que se me quedó marcado para siempre y que mostró sin tapujos la gran diferencia entre Bach y el resto de nosotros. Era un día lluvioso, uno más de un final de abril, en el que parecía que las nubes se habían tragado para siempre el sol y no cesaban de arrojar agua y más agua durante todo el día y la noche. Las calles de la ciudad se habían convertido en lodazales inmundos y nuestro patio tenía el aspecto de una gran pocilga. Aunque esa mañana seguía lloviendo, la mayoría de los alumnos no estábamos dispuestos a renunciar a la escasa media hora de recreo que nos dejaba el despiadado horario y salíamos de las aulas hacia el patio corriendo como ovejas que dejan el aprisco. Ese día, solo alcanzar el exterior, Martín, uno de los mayores empujó a mi compañero Hans, que perdió el equilibrio y cayó de bruces en tierra; cuando Hans pudo incorporarse el lodo le cubría el rostro y las ropas de tal manera que su aspecto provocaba risa y a la vez compasión. Inesperadamente,

Hans arremetió contra Martin dándole un cabezazo tan violento que le derribó. Los segundos siguientes fueron tan confusos y ocurrió todo tan rápido, que nadie pudo explicar cómo nos enzarzamos unos con otros, arrojándonos al barro, en una pelea de todos contra todos, sin comienzo ni final. Hasta que apareció en la puerta August Braun, el maestro de aritmética; iracundo nos dio la orden de abandonar el patio, ir a las pilas a lavarnos y bajar a continuación a la iglesia, sin perder un segundo. Nos dijo que, después, nos comunicarían el castigo correspondiente a esa grave indisciplina.

Yo también estuve envuelto en la pelea y el lodo me cubría desde las botas al último pelo. Nos lavamos de prisa y mal con el agua helada de los barreños, bajo la mirada del aritmético, que nos metía prisa sin concesiones. Bajamos en fila hasta la iglesia, tiritando aún por el improvisado baño y poniendo un poco de orden en las sucias ropas. No sabíamos a qué venía ese cambio, pues a esa hora los alumnos teníamos diariamente clase de Latín. Cuando los primeros de la fila abrieron las puertas de San Miguel, el sonido del órgano nos inundó; alguien tocaba una cantata, con tanta exactitud y belleza que por primera vez la majestuosidad de la iglesia no me sobrecogió. Me quedé atento a aquellas notas que nunca había escuchado. Nos hicieron arrodillar en la parte del coro, mientras el órgano seguía desarrollando el tema de la cantata. Cuando finalizó, el rector Johannes Büsche nos ordenó volver la cabeza hacia el impresionante órgano, que se elevaba majestuoso ocupando todo el muro trasero hasta tocar la bóveda. Desde que lo vi por primera vez, ese órgano me pareció siempre un mágico y temible ser vivo, que respiraba y producía maravillosos sonidos, pero que podría también hacer salir de sus fauces horribles alaridos de bestia del Apocalipsis. A los doce años mi escasa e ilógica mente aún me jugaba malas pasadas; mi imaginación era más potente que mis sentidos y mis miedos eran tan variados como las plantas de un bosque.

De repente, vimos arriba, en la balaustrada, dos figuras, una más grande que otra. La oscuridad del día y los escasos candelabros

encendidos en la nave impedían distinguir la identidad de los organistas. Por eso el rector nos informó:

—El alumno que está ahí arriba, que acaba de tocar la obra que habéis escuchado y que, mientras vosotros os ensuciabais en el patio como cerdos, estaba aquí alabando a Dios, es Sebastián Bach. El que está a su lado es el organista de la iglesia de San Juan, el maestro Georg Böhm.

Su tono airado preludiaba una condena, un severo castigo por nuestra insensata conducta. En medio de un frío silencio emitíó su sentencia:

—Estaréis tres días sin cenar. Y en cuanto cesen las lluvias limpiaréis todo el barro del exterior de la Escuela de San Miguel. Os dividiremos por grupos de cinco para realizar el trabajo. Ahora salid y marchaos a vuestras clases.

Mientras salía de la iglesia me preguntaba el sentido de aquella visita, por qué el rector nos había conducido a la iglesia para informarnos del castigo y por qué nos había obligado a escuchar el órgano. ¿Nos había señalado al alumno Sebastián Bach como modelo de conducta? ¿Nos había querido mostrar sus capacidades de organista? ¿O nos había querido decir que se nos había admitido en la Escuela por y para la música, no para que nos peleáramos?

Al salir de la iglesia pensé que mi escasa inteligencia no me servía para comprender muchas de las materias que tenía que aprender y muchas de las normas que tenía que cumplir para no ser expulsado a la miseria exterior. En cualquier caso presentí que a partir de ese momento el alumno Bach sería admirado y odiado por todos los alumnos de la Escuela. Quizás también temido.

CAPÍTULO II

EL SEGUNDO HIJO DE UN MOLINERO

Nací en Minden, al lado del río Weser, un pueblecito de campesinos y artesanos. Mi padre tenía un molino en el que trabajaba sin cesar de la mañana a la noche.

Éramos seis hermanos y yo era el segundo en edad. Mi hermano mayor me sacaba tres años.

El día de la fatídica crecida del río fue un domingo por la mañana; a la salida de la iglesia mi madre nos había llevado a casa del sastre a los cinco menores, mientras mi padre y mi hermano Joseph volvían al molino, preocupados por la crecida del Weser y para intentar seguir con la molienda de una partida de sacos de centeno. Había estado lloviendo toda la noche y por la mañana, al levantarnos vimos que las aguas habían crecido hasta ocultar los ojos del puente, a unos cien metros de nuestra casa.

Pero como no era la primera vez que el Weser se desbordaba, no nos sentimos alarmados. El molino, construido en piedra por los abuelos de mi padre, nunca nos había fallado. Su parte superior constituía nuestra casa y encima, aún había un gran granero que servía como almacén de los sacos de trigo o cebada, molidos o por moler. Mis hermanos pequeños y yo ayudábamos a diario subiendo y bajando sacos, casi siempre entre dos. Este trabajo nos señalaba nuestro futuro de molineros.

Esa mañana, en casa del sastre no nos sentíamos inquietos, sino más bien contentos, nuestra madre nos había adelantado que Jan el sastre iba a tomarnos medidas a todos. Yo tendría una capa nueva para el invierno, que saldría de una vieja de mi padre.

Por eso cuando Lorenz, nuestro vecino, entró corriendo con los ojos desorbitados, gritando que mi padre y mi hermano habían caído al río y que la corriente se los había llevado, creo que mi corazón dejó de latir, la vista se me nubló y tardé unos segundos en salir detrás de mi madre, de Lorenz y del resto de mis hermanos que corrían al tiempo que sollozaban y los más pequeños tropezaban y caían en los charcos. Cuando llegamos al alto de las colinas próximas al molino, solo vimos las furiosas aguas del Weser como una estampida salvaje que se llevaba por delante todo lo que encontraba a su paso. Desde las colinas podíamos ver cómo las aguas se estaban acercando peligrosamente al piso superior, pero aún el molino resistía en su totalidad. No se veía ni rastro de mi padre ni de mi hermano. Solo pudimos contemplar algunos sacos deshechos, arrastrados por la corriente. El agua del río se estaba saliendo de madre y anegando las orillas a gran velocidad.

Cuando nadie respondió a nuestros gritos, ni en el piso superior ni en el granero, nos dimos cuenta de que ninguno de los dos estaba en el molino y que era verdad que Lorenz los había visto arrastrados por las aguas. Echamos a correr por el camino que va por las colinas, río abajo, desesperados, calados hasta los huesos e ignorantes del riesgo que estábamos corriendo, yendo por el camino demasiado próximo al monstruo salvaje en el que se había convertido el Weser.

A unos dos kilómetros del molino, en el ensanche del río que hace frenar las aguas hasta semejar un gran lago, vimos por fin los dos cuerpos buscados, hinchados, destrozados por los golpes, pálidos y amoratados. No nos fue difícil arrastrarlos hasta la orilla, pues detrás de nosotros llegaban corriendo un numeroso grupo de vecinos, equipados con cordeles y ganchos.